



Vol. 4, No. 2, Winter 2007, 263-267

www.ncsu.edu/project/acontracorriente

Review/Reseña

Hugo Benavides, *The Politics of Sentiment. Imagining and Remembering Guayaquil* (Austin: University of Texas Press, 2006).

Guayaquil de mis amores: Repensando la identidad guayaquileña

María Eugenia Chaves

Universidad de Estocolmo

El antropólogo Hugo Benavides nos entrega en su segundo libro un estudio de caso inspirado en su propia vivencia como académico de origen ecuatoriano en Nueva York. Su libro se propone escudriñar en los más contradictorios y profundos efectos que la *política de los sentimientos* tiene en la definición de las identidades locales, en este caso de la identidad guayaquileña, pero también de

las identidades diaspóricas, en este caso de los emigrantes ecuatorianos en Nueva York. En este sentido, su investigación propone ir más allá de un caso específico dentro de la periferia del mundo desarrollado, para interrogar el contexto amplio de la forma en que la hegemonía del modernismo transnacional capitalista y postcolonial se construye y se mantiene gracias a la internalización de subjetividades que establecen el marco de inteligibilidad en que los sentimientos de pertenencia o alienación, de identidad o alteridad pueden existir y enunciarse como tales.

Inspirado por la corriente de los estudios poscoloniales y su recepción en la academia estadounidense por parte de los latinoamericanistas, en particular de los estudiosos de la cultura, Benavides intenta poner a prueba las propuestas teóricas de Raymond Williams sobre las implicaciones que las estructuras de sentimiento tienen en la consolidación de la hegemonía, partiendo del supuesto de que ésta se enraíza en los procesos de producción de la cultura popular en contextos particulares y locales. Benavides distingue tres instancias en las que este proceso de producción de la identidad guayaquileña tiene lugar, tanto de forma local como en los contextos de la emigración: la popularidad e idealización de la obra de uno de los poetas ecuatorianos más relevantes de principios del siglo pasado, el guayaquileño Medardo Angel Silva; la construcción de un imaginario colectivo sobre el pasado histórico de la ciudad de Guayaquil; y la fuerza con que los sentimientos de esta identidad se expresan en la música popular, en particular en un género vernáculo conocido como “pasillo”.

Siguiendo estos temas, el libro dedica los primeros tres capítulos a cada uno de ellos. Partiendo de una interpretación bastante personal de algunos de los poemas de Medardo Angel Silva, Benavides distingue un desencuentro entre la melancolía y el romanticismo que expresa su poesía y la realidad social e histórica cargada de conflicto social y político en la cual el poeta vivió y

escribió su obra, circunstancia que está ausente totalmente de su poesía. Por otro lado, el autor adscribe la profunda melancolía de la obra de Silva a una suerte de doble inadecuación. En primer lugar, Silva se sentía inadecuado socialmente debido a su color. Al parecer sufría por no tener la piel blanca – situación que Benavides interpreta como prueba de su ascendencia africana. La marca del color como signo de inferioridad es un discurso de raigambre colonial que, como muestra Benavides, está latente en los discursos y las prácticas de Guayaquil poscolonial. Por otro lado, el autor sugiere que el poeta era inadecuado además por su tendencia a transgredir las normas heterosexuales impuestas. Su obra entonces reflejaría un enorme esfuerzo por obtener la aceptación social a fuerza de negar sus inadecuaciones y las características más íntimas de su identidad.

La negación de estas inadecuaciones personalizadas en Silva, se reflejarían también en la construcción del imaginario de “Guayaquil Antiguo”. Un discurso que inventa un pasado colonial idealizado, en el cual los conflictos raciales y políticos que caracterizaron a la ciudad, no sólo durante su historia colonial sino también poscolonial, han sido extirpados del texto, de la imagen y de los discursos. La imagen de Guayaquil Antiguo se construye negando la enorme influencia que la inmigración de todo el país ha tenido en la constitución de la urbe, y con ella la participación de los no blancos (mestizos, cholos, negros e indios). Estos desencuentros y contradicciones presentes tanto en la imagen del Guayaquil Antiguo como en la obra de Silva, representan para Benavides “sentimientos reprimidos que condenan cualquier sentimiento que no calza en el panteón normativo, a la alienación y a la culpa” (51).

La identificación que produce tanto la obra de Silva como la imaginaria de Guayaquil Antiguo en los guayaquileños locales y emigrantes, se explica debido a esta doble negación que tiene lugar cuando los valores y las formas hegemónicas de subjetividad se internalizan en los individuos y pasan a constituirse en los caminos

más idóneos de expresar sus sentimientos de pertenencia, de pérdida o de melancolía. Estos sentimientos afloran en el gusto por el género musical vernáculo del pasillo que junto con la identificación que produce la obra de Silva, definen los elementos de la *política de los sentimientos* que establece la dinámica de las identidades guayaquileñas poscoloniales, locales y diaspóricas. Para Benavides, la obra de Silva no puede ser leída como una producción personalista e individual de un sentir romántico, sino como la expresión colectiva y política de esta inadecuación y esta nostalgia que se convierten en los elementos que construyen y mantienen formas culturales y sociales de hegemonía. Para afirmar su hipótesis, el autor presenta en los últimos dos capítulos un conjunto de indicios de corte etnográfico y de análisis literario a través de los cuales devela la forma en que estas estructuras de sentimiento se expresan en la popularidad del pasillo.

El acento final de la obra de Benavides está puesto en el carácter productivo que las formas de exclusión, en particular de tipo racial, tienen en la construcción y reproducción de la hegemonía. Esta productividad se manifiesta en la capacidad de los discursos y las prácticas hegemónicas de dar la impresión de incorporar a ese “otro” excluido, en este caso los afroecuatorianos, al discurso de la nación. Esta inclusión aunque ficticia, cumple su función, al igual que la imagen idealizada de Guayaquil Antiguo, que sin importar su impostura, tiene efectos políticos concretos en la vida diaria de los individuos y en la forma como construyen sus identidades. En cada uno de los casos que se discuten, Benavides encuentra que una lectura simplista que ve en el estado racista solamente la intención de excluir al otro racializado de la construcción de su imaginaria está destinada a fracasar, ya que la construcción de la negritud no sólo es excluyente sino que produce, al confrontarla, la posibilidad de enunciar y de actuar la identidad de la blancura como el ideal nacional.

Según expresa Hugo Benavides, su trabajo emerge de una vivencia personal intensa significada a través de la aplicación de la noción de estructuras de sentimiento de Raymond Williams y de su efectividad para repensar los conceptos de hegemonía que se desprenden del estudio crítico de Antonio Gramsci. En este sentido, su obra es experimental y no es posible juzgarla como un producto terminado, ya que como anuncia Benavides todo proyecto de representación es siempre el producto de una interpretación, de una traducción, que está permanente abierta a la resignificación. El trabajo de Benavides está informado más que por indicios históricos, por interpretaciones profundamente personales de la literatura, la música y otras expresiones de la cultura popular ecuatoriana, además de los sentimientos expresados por sus informantes. Aunque varias de sus interpretaciones pueden ser controversiales por falta de indicios que las respalden, sobre todo las relativas a la supuesta negritud y homosexualidad de Medardo Angel Silva, en última instancia lo realmente importante de su obra radica precisamente en la capacidad que demuestra el autor de ir más allá de lo visible, de lo probable, y de ubicarse en ese espacio liminal que le permite encontrar una serie de pistas que abren la posibilidad de una relectura profundamente crítica de la narrativa historiográfica de la nación y de las formas de construcción de las identidades sociales. Esta posibilidad también permite la tarea de subvertir las estructuras de la hegemonía encontrando precisamente aquellas fracturas por las cuales su impostura aparece en su mayor crudeza, para reconocer en nosotros mismos los mecanismos que permiten su internalización y por ende su reproducción.